

4 de Marzo de 1908

EL CASTELLANO

Número extraordinario

publicado en obsequio

del

Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo

PR. P. CIRIACO M.^a SANCHA Y MERYÁS

con motivo de las Bodas de Oro de su Ordenación Sacerdotal.

1858-4 de Marzo-1908

TOLEDO

IMPRESA, LIBRERÍA Y ENCUADERNACIÓN DE LA VIUDA É HIJOS DE J. PELÁEZ

Comercio, 55, y Lucio, 8

— Toledo 4 de Marzo de 1908. —

EL CASTELLANO

Número extraordinario

publicado en obsequio del

Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo, Dr. D. Ciriaco M.^a Sancha y Hervás,
con motivo de las Bodas de Oro de su Ordenación Sacerdotal.



Dilecto Filio Nostro

CYRIACO MARIAE Tit. S. Petri in Monte Aureo

S. R. E. Presb. Card. SANCHA y HERVAS,

Archiepiscopo Toletanorum.

PIUS PP. X

Dilecte Filii Noster,

Salutem et Apostolicam Benedictionem.

Laeti libentesque, redeunte prope diem memoria anni quinquagesimi, ex quo initiatus Sacerdotio es, tuae participes iucunditatis, ominando et gratulando, existimus. Plurimum equidem commodi, sive Religioni sive civili omni cultui, sacerdotii et episcopatus tui tempora creaverunt: haeretque in Hispanorum Ecclesia, velut principum pastoralis sollertiae tuae facinorum, recordatio quum primi catholicorum Hispaniae in Matritensi urbe congressus, tum primi Nationis tuae, Eucharistiae honorandae causa, conventus, tum denique clarae illius peregrinationis opificum, quae religiosa populi studia tam est testata feliciter. Quamobrem simul de celebritate iubilari tua, simul de praeclare factis gratulationem praebemus, dumque eam in rem exoramus cuius Deum ut illustri tibi providoque Praesuli plures addat eosque frugiferos annos, auspiciem caelestium munerum Nostraeque dilectionis pignus Apostolicam Benedictionem peramanter tibi impertimus.

Datum Romae apud S. Petrum die XIX mensis Februarii anno MCMVIII. — Pontificatus Nostri quinto.

PIUS PP. X

Nuestra pobre ofrenda.

Al padre cariñoso se le saluda con el corazón emocionado; al bondadoso amigo, con el alma henchida de alegría; al superior, con respetuoso afecto; al bienhechor, con espíritu agradecido; al hombre elevado por su ciencia, con admiración y respeto; al Sacerdote virtuoso, con cariñoso recogimiento; al Obispo sabio, con entusiasmo; al Cardenal Sancha, nuestro eminentísimo Prelado, padre cariñoso, bondadoso amigo, superior amable, distinguido escritor, Sacerdote virtuoso, sabio Obispo, Apóstol de la caridad, Cardenal Príncipe de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana y rey de los corazones que tienen la dicha de tratarle, saluda con toda la efusión de su alma

La Redacción.

A Su Emma. Ivima. el Cardenal Arzobispo de Toledo

Dr. D. Ciriaco María Sancha y Hervás

en su Jubileo Sacerdotal, 4 de Marzo de 1908.

Ninfas del Tajo, cristalinas ondas
que de Toledo el pie besáis sumisas,
auras suaves, perfumadas brisas
del cigarral dormidas en las frondas,
Venid y despertad, Toledo os llama,
mirad qué día amanecióle el cielo,
lanzan sus torres la campana á vuelo
y el pueblo alegre á su Prelado aclama.

¿Qué ocurre de feliz en su recinto?
¿Por qué se anima así la gran Toledo?
Es que vuelve á su Alcázar Carlos quinto,
ó á la fe de Leandro Recaredo?

¿Torna acaso de Orán el gran Cisneros?
¿O levanta Rodrigo sus cruzadas?
¿Es Padilla que lucha por sus fueros?
¿Alfonso ó Almamun con sus mesnadas?

La hermosa Catedral, como de fiesta,
de oro y sedas se viste las mejores,
y el órgano, rompiendo á gran orquesta,
bena el templo de angélicos cantores.

Más que nunca la luz clara y divina



penetra por los amplios rosetones,
y el Santo se conmueve en su ornacina
y recogen las tumbas sus crespones.

¡Honor y bendición al Dios elemento
que lleva al Universo de la mano,
que en la virtud se mira sonriente
prolongando los días del anciano!

Vedle á los pies del ara en que se inmola
el Cordero de Dios immaculado,
humilde Sacerdote, es el Primado
de la Iglesia Católica Española.

Eustre sucesor de los Eugénios
por su patria y su fe batalladores,
lleva en su frente el fuego de los genios
y en su pecho del santo los amores.

No abatió los alcázares murados,
ni á su tierra libró de almorávides,
porque hoy son otros campos y otras lides
donde llama el Señor á su cruzados.

Y en éstos peleó por la justicia,
sin miedo á las contrarias opiniones
hasta sufrir del odio la sevicia,
hasta arrastar su hierro en las prisiones.

Le conoce Madrid y España entera
como padre tutor de los obreros;
el báculo en su diestra es la bandera
donde esculpió la Caridad sus fueros.

Dulce y manso en la paz, vedle en la guerra
cuando proyecto vil alzó su frente;
*«¿Que muera la impiedad? . . . ¡no es suficiente!
hay que dar pronto á su cubrir tierra».*

Tal es Sancha el Prelado á quien Toledo
en su año jubilar festivo aclama,
porque ve en su Pastor lo que más ama,
la verdad y firmeza de su Credo.

Ninfas del Tajo, cristalinas ondas
que de Toledo el pie besáis sumisas,
auras suaves, perfumadas brisas
del cigarral dormidas en las frondas,

Si acaso en vuestro viaje por la tierra
os asomáis del Tíber á la orilla
y hasta Roma llegáis donde se encierra
del Orbe la más alta maravilla,

Decid á aquel ilustre encarcelado,
para solaz de su ánima afligida,
que España á sus Prelados vive unida,
y al honrar en Toledo á su Primado
honra y venera la cristiana vida
que en Pedro vinculó el Crucificado.

S. O. MONTEALEGRE.

Y ô b ê l

HEREDERA la Iglesia católica de cuanto se hallaba establecido en la Ley de Moisés, aun cuando mucha parte de aquella ley fué abolida por la de gracia en lo que tenía de ceremonial y legal, no lo fué sin embargo en su significación mística; y con el desenvolvimiento gradual de la sociedad cristiana, se fueron adaptando á la nueva forma social muchas de las disposiciones dadas para la antigua, pero más perfeccionadas y más espiritualizadas: según las exigencias del hombre nuevo renacido en Jesús.

Una de aquellas leyes mosaicas era la que determinaba el año jubilar, que correspondía al año quincuagésimo: de tal suerte, que cada siglo tenía dos años jubilaes, el quincuagésimo primero y el quincuagésimo segundo, ó sea al año ciento, conforme al modo de contar nuestro.

Se anunciaba el año jubilar mediante el *yôbêl* en la fiesta de la Expiación, que caía siempre á principio de otoño, cuando había terminado la recolección del año precedente, y antes de comenzar la sementera del siguiente. El *yôbêl*, que interpreta Joséfo *libertad*, era un instrumento músico á manera de trompeta, habiéndose tocado aquel instrumento en dos solemnísimas ocasiones: cuando se aproximaron al Sinaí, como señal de que ya se hallaba el pueblo completamente libre de la esclavitud egipcia; y cuando por orden de Dios se apoderó de Jericó al sonido del *yôbêl*, que significaba la libertad con que podían penetrar en tierra de Canaan, ya que Jehovah se encargaba de allanarles los caminos.

Fuera de estos dos casos extraordinarios no se hace mención del *yôbêl* en la Escritura Santa, sino con relación al año jubilar, porque se anunciaba al pueblo mediante el sonido de aquel instrumento; y así el año mismo vino á denominarse año de *yôbêl*, *senat hay-yôbêl*, «año jubilar», «año de libertad», «año de júbilo», según lo interpreta San Jerónimo, que debió tomar esta significación del *yôbêl*, aproximando la palabra hebrea al *jubilum* latino, que designa los gritos de alegría de las gentes del campo, conforme á los textos de Silio Itálico y de Calpurnio; gritos que aún resuenan con frecuencia en España; pues no son otra cosa los *¡Yjujer!!!* de los astures, cuya modulación es bastante parecida á las inflexiones del sonido de las trompetas.

Ezequiel llama al año jubilar «año de la libertad, *senat had-desor*», é Isaías nos habla del «año de la gracia y de la libertad concedida á los cautivos» como simbolo de la redención mesiánica, según la interpretación auténtica dada por el mismo Salvador en la sinagoga de Nazareth y referida por San Lucas (IV-19).

Así se enlaza el Nuevo con el Antiguo Testamento, prefigurando éste lo que en el otro había de cumplirse

y se cumplió, de hecho, y aún se está cumpliendo en la parte que corresponde á la sucesión de los tiempos.

Durante el año jubilar debían volver las familias hebreas á recuperar las posesiones enajenadas en años anteriores; de tal suerte, que si un ciudadano hebreo había comprado algunas fincas rurales en el quincuagésimo anterior, al llegar el año jubilar, y durante él, tales fincas volvían á pertenecer á su primitivo dueño, conforme estaba prevenido en el Levítico; y lo que todavía dice más á nuestro propósito es, que si algún hebreo por una ú otra causa, legítima ó ilegítima, había caído en esclavitud y en poder de otro hebreo, al sonar el *yóbel* del año jubilar quedaba libre sin necesidad de rescate; porque la ley le manumitía y el amo tenía obligación de dejarle ir sin exigir precio alguno.

Era un símbolo clarísimo de la futura manumisión gratuita de todos los hombres por los méritos del Mesías; por lo cual Isaías había escrito dirigiéndose al pueblo hebreo y en él al género humano: «Habéis sido vendidos gratuitamente, y seréis redimidos sin necesidad de dinero.»

Semejante redención se hace cada día con todos los que se bautizan y con todos los que reciben dignamente la absolución después de haber pecado mortalmente; pero la Iglesia santa, reconociendo esta primera y fundamental remisión significada en el antiguo año jubilar, ha establecido otra á la que dió el nombre de *jubileo*, que comprende los dos conceptos del *yóbel*; el concepto de perdón, de libertad, y el concepto de júbilo, inseparable de la libertad que nuevamente se adquiere después de perdida. Por eso concede perdón plenísimo de las penas temporales debidas por los pecados ya perdonados en cuanto á la culpa y pena eterna, pero no en cuanto á la conmutación de ésta en la temporal. Comenzó concediendo este perdón extraordinario cada cien años; después cada cincuenta, y últimamente cada veinticinco, con el fin de que todos ó la mayor parte de los fieles pudieran regocijarse obteniendo tal perdón.

Por el natural desenvolvimiento de la idea, se ha llamado también jubileo, á semejanza del jubileo eclesiástico, como éste se llamó así por sus relaciones con el de Israel, el año vigésimoquinto ó el año quincuagésimo de un suceso fausto que forma época en la vida de un pueblo, de una familia ó de un individuo. Y como en los individuos lo que principalmente sobresale y resalta es lo que dice relación al estado, de aquí el llamar jubileo al año 25 ó al 50 del matrimonio, de la profesión religiosa, de la ordenación sacerdotal, ó de la consagración episcopal, ó de otro hecho parecido que influya poderosamente en los destinos de la persona, de la familia ó del pueblo.

En esta última clase de jubileos prevalece siempre el concepto de *jubilum*, de alegría, de regocijo; concepto que no está reñido con el de liberación, pero que puede darse sin él, porque hay otros motivos y otras razones para alegrarse aunque no se trate de la

adquisición de libertad perdida. Así nosotros nos regocijamos hoy, porque Dios nuestro Señor, que ordenó los jubileos del Antiguo Testamento, concedió á nuestro amantísimo Prelado el poder llegar al año 50 de su ordenación sacerdotal; como nos regocijamos también este mismo año por igual gracia concedida al Padre común de los fieles.

El encadenamiento de las ideas ha hecho que esta clase de jubileos sean generalmente conocidos con los nombres de *bodas de plata* ó *bodas de oro*, según que se trate del vigésimoquinto ó del quincuagésimo aniversario del suceso conmemorado. Esta locución francesa de bodas de oro ó plata, ha sido adoptada en todas partes, á causa de ser mucho mayor el número de casados que el de sacerdotes ó religiosos, y por lo mismo, incomparablemente también mayor el 25 ó 50 aniversario de la boda, que el de la ordenación, consagración y profesión religiosa. No obstante, es más castizo, más cristiano y más tradicional el nombre de jubileo que el de boda, y los aficionados al clasicismo, los cristianos y los tradicionalistas, debiéramos preferir el primero al segundo y trabajar porque el nombre antiguo prevalezca sobre el modernista.

F. VALBUENA.

Á LA VIRGEN DE LOS OLMOS

INVOCACIÓN (1)

Hay en Quintana del Pidio
una frondosa campiña,
y en esta campiña un bosque,
y en este bosque una Ermita,
y en esta ermita una Virgen,
tan celestial y divina,
que al verla, forzosamente,
cae uno de rodillas,
subyugado el corazón
y el alma de amor cautiva.

No falta, no, entre vosotros
quien tiene la inmensa dicha
de profesar á esa Virgen
tal veneración y estima,
que más fácil fuera al sol
no enviar su luz al día
y á la alondra enmudecer
en la hondonada florida,
que el que su devoto ilustre,
en sus plegarias continuas,
se olvidara de su Virgen
cuya imagen benditísima

(1) Poesía declamada en la fiesta literaria que el Seminario de Toledo ha dedicado á nuestro Emmo. Prelado, en sus Bodas de Oro.

esculpíó en su alma el cariño,
 en el alba de sus días,
 y guarda en su corazón
 como su joya más rica

.....
 Virgen de los Olmos,
 Virgen de la Ermita,
 ¿Te acuerdas de un niño,
 nacido en tu villa,
 que á tus pies devoto,
 puesto de rodillas,
 por ángel las gentes
 todas le tenían?

¿Te acuerdas ¡oh Virgen!
 de un seminarista
 que tanto gozaba
 de tu compañía?

¿Te acuerdas de un joven
 que, en la salmantina
 ciudad, de mil sabios
 cuna esclarecida,
 en sus *conclusiones*
 tu nombre escribía?

¿Te acuerdas, Señora,
 del que, en estos días,
 hace ya diez lustros,
 gracias te pedía
 al ver acercarse
 su primera Misa?

.....
 Virgen de los Olmos,
 Virgen de la Ermita,
 aquel hijo tuyo
 á quien bendecías
 para que creciera
 en gracia y doctrina;
 aquel Sacerdote
 que en su primer Misa,
 tu nombre y su nombre
 con fervor unía;
 aquel nuevo Apóstol
 que á tus plantas mismas
 de hinojos, te daba
 tierna despedida
 al dejar, cual héroe,
 su patria y familia
 por cumplir deberes
 que el cielo le indica;
 aquél tu devoto
 que en tí su alma fija,
 del ponto ignorado
 no teme las iras,

ni tiranos odios,
 ni el furor del cisma,
 ni persecuciones,
 ni burlas indignas,
 ni lóbregas cárceles,
 ni condena inicua;
 aquel que cien veces,
 repleto de acíbar,
 bebió amargo cáliz;
 aquél..., Madre mía,
 cuyas grandes penas
 sólo Tú sabías;
 aquél..., no, no llores,
 Madre, no te aflijas.

Virgen de los Olmos,
 Virgen de la Ermita,
 aquel hijo tuyo...
 es ese... ese, mira:
 ese á cuyo paso
 dobla su rodilla
 la imperial Toledo
 que, aquí reunida,
 le rinde homenaje
 de filial estima;
 ese en cuyo obsequio
 sus seminaristas
 templan sus laúdes,
 acordau sus liras.

.....
 Virgen de los Olmos,
 Virgen de la Ermita,
 dadnos de tus ángeles
 la dulce armonía,
 para que esta fiesta
 no resulte indigna
 de tu hijo ilustre
 á quien se dedica.

FRANCISCO BOU
 Presbítero, O. D.

Toledo 3 de Marzo de 1918.

El Prelado de nuestro Prelado.

El Ilmo. Sr. D. José Orberá y Carrión, Obispo de Almería, murió tan pobrementé como había vivido; murió en la humilde casa que tienen en la villa y Corte las Siervas de Maria; murió en los brazos de su antiguo Secretario el Sr. Sancha.

*Quiso Dios (dice el P. Coloma), conceder al santo Prelado un gran consuelo en la hora de su muerte: el de morir en brazos del Sr. Sancha, Obispo de Madrid, que pudiera muy bien llamarse *su hermano de armas*,

porque no era aquella la primera vez que los dos ilustres Prelados arrostraban juntos tristes circunstancias y se consolaban mutuamente con sus respectivas virtudes. Muchos años antes, cuando el desdichado Llorente provocaba el cisma en el Arzobispado de Cuba, cuya silla reclamaba sin título alguno canónico, dos Sacerdotes modelos capitanearon el grupo heroico que hizo frente al intruso: el Sr. *Orberá*, Vicario Capitular del Arzobispado, y el Sr. *Sancha*, Secretario de Su Ilustrísima.»

— *No temo la muerte* (decía en su agonía el Obispo de Almería á su amigo del alma, el Sr. Sancha, Obispo de Madrid; *no temo la muerte, porque siempre he procurado ser amigo de Dios, y en Él he puesto mi confianza.*

Sus últimas palabras fueron éstas: *¡Estoy mal; á Dios sean las gracias; Él sea bendito!...* Más tarde añadió: *Padre nuestro que estás en los cielos....* Y á los cielos voló en aquel instante el alma santa del Obispo de Almería. Falleció el 23 de Noviembre de 1886, víspera del día en que celebra nuestra Santa Madre Iglesia la fiesta del estático y sublime Padre San Juan de la Cruz.

La caridad para con los pobres era la virtud principal del Obispo de Almería, el cual, durante su Pontificado en dicha Diócesis, fué retrato y copia fidelísima del gran *Padre de los pobres* Santo Tomás de Villanueva.

Ambos tuvieron en la niñez una como luz y conocimiento sobrenatural de la grandeza real de la caridad para con los pobres; ambos se entregaron en cuerpo y alma como si de ello hubieran hecho votos solemnes al servicio de los pobres; ambos se mortificaban por los pobres; ambos vivían por ellos como mendigos miserables; ambos carecían quizá hasta de lo necesario por amor á los pobres de Jesucristo; ambos, *antes de morir*, cedieron á los pobres hasta la cama; ambos, finalmente, después de muertos y al ser llevados en hombros á la sepultura, arrancaron infinitas lágrimas de los ojos de los pobres y sublimes palabras de bendición de sus toscos labios, como solamente las oyen en el seno de la Iglesia los grandes limosneros.

Por los pobres vivía el Obispo, y escrúpulos tenía de gastar hasta *dos cuartos* por temor de defraudar á los pobres. En confirmación de lo cual, hé aquí lo que un día le aconteció, y hé aquí también la fina delicadeza, por decirlo así, con que Dios Nuestro Señor premiaba la caridad de su siervo.

Una vez le vinieron ganas de comer naranjas, y en aquella sazón, las naranjas estaban á cuarto. Ya iba á mandar por ellas el Obispo; mas considerando que tal vez algún pobre necesitase de aquellos ochavos que se iban á gastar, se privó de las naranjas el santo Obispo por amor á los pobres. Pero al poco rato (él mismo lo contaba con sencillez infantil, se presentó un mensajero de la Providencia con una cesta llena de naranjas; fineza, como antes se ha puntado, con que la

maternal ternura del Señor obsequiaba y regalaba á su siervo.

La misma fineza hizo el Señor, en trance parecido, á San Juan de la Cruz (en cuyo día murió nuestro Obispo de Almería), regalándole al estático Padre, pocos días antes de morir, no con naranjas, sino con unos espárragos que el Santo apetecía.

Hé aquí cómo cuenta tan apacible aventura el sabio Muñoz Garnica, biógrafo del sublime escritor místico reformador del Carmelo:

«A últimos de Septiembre—dice—salió de la Peña San Juan de la Cruz, montado en humilde cabalgadura y acompañado de un hermano lego. Iba muy flaco, calenturiento, inapetente y sin fuerzas. Con la fatiga del camino se le aumentó la inflamación de la pierna que mucho le molestaba. Saliendo del terreno montuoso á unas vegas extensas de tierra colorada, el sol de otoño se hacía sentir con los ardores de la canícula. Con esta pesadumbre llegaron á la margen derecha del Guadalimar, y una hora después (porque caminaban despacio, al hermoso y atrevido puente que á grande altura voltea sobre el caudaloso río. Se recostaron á la sombra de la puente para descansar y cobrar algunas fuerzas, tanto más necesarias cuanto que á la orilla izquierda del río se eleva rápidamente el terreno, y habrá unos ocho kilómetros hasta llegar á la altura de la famosa *Loma de Úbeda*.

»Agradeció San Juan de la Cruz la diligencia del hermano lego en procurarle aquel descanso que tanto necesitaba, y viéndole muy solícito sacar algunas provisiones del repuesto que traían, dijole el Santo que le era imposible tomar ningún bocado.

»—¿Con que nada apetece su reverencia?—dijo el lego con tristeza.

»—Nada apetezco—respondió el Santo—solamente tomaría yo ahora unos espárragos; pero en este tiempo no es posible que los haya.

»Después de un momento de silencio, uno y otro vieron con asombro delante de sí, en la misma orilla, en la lengua del agua, sobre una piedrecuela, un manojo de espárragos atados con una mimbre.

»¡Oh prodigio! El hermano lego aderezó los espárragos con muy buen arte, y el Santo pudo regalarse con este dón de la Providencia»....

Otra aventura parecida á la de las naranjas del Obispo de Almería y á la de los espárragos de San Juan de la Cruz, se cuenta en la vida de otro excelso escritor, del sublime Hernesto Hello. Con razón dice su biógrafo Reilhac (y algo comprobado queda ya en estos apuntes), que tales episodios son frecuentes en las admirables vidas de los Santos.

Pero mirando ahora estas cosas de tejas abajo, ¿quién diría que aquel pobre religioso de hábito pardo, que aquel moribundo que descansaba á orillas del Guadalimar y pedía espárragos, era heredero por línea derecha del *doble espíritu* de Elias y de Eliseo, siendo al mismo tiempo uno de los personajes más grandes de

nuestra España, uno de los más excelsos escritores del mundo, el poeta más sublime que ha pisado tierra española, el gran restaurador de la descalcez carmelitana, el incomparable autor de la *Subida al monte Carmelo*, de la *Noche oscura del alma*, del *Cántico espiritual* y de la *Llama de amor viva*?

Y ¿quién diría que aquel otro *pobre Obispo* de vieja y remendada sotana, aquel que, apeteciendo comer dos naranjas, se las quitaba de la boca por amor á los pobres, era un atleta del catolicismo; antiguo Vicario capitular de Santiago de Cuba cuando el ruidoso cisma de Llorente y la persecución terrible del Gobierno español; el enérgico é invencible defensor de los derechos de la Iglesia; el que juntamente con su Secretario el Sr. Sancha (hoy Cardenal Primado), fué encerrado en el castillo del Morro; el que por no obedecer á un gobierno impio y por combatir con indomable valentía sus sacrilegas y descomulgadas órdenes perseveró diez meses en el calabozo, sufriendo él y su Secretario, con heroica constancia, «aquella prisión en que de continuo veían amenazadas sus vidas, en que carecían hasta de lo más necesario y se renovaban para ellos y para los fieles las escenas de las Catacumbas».

Andando el tiempo, fué defendido el mártir por don Cándido Nocedal; fué absuelto por el Tribunal Supremo, y tuvo la gloria de ser recibido muy honoríficamente en el Vaticano por el inmortal Pío IX. Y por cierto que el Papa, para más honrarle, se puso de pie para recibirle, hizo sentar entre los Cardenales de su corte á aquel santo, el cual públicamente fué llamado entonces EL MÁRTIR DE CUBA por el Vicario de Jesucristo.

Pues ese sabio doctor, ese atleta del catolicismo, ese *mártir de Cuba*, ese *padre de los pobres*, sólo tenía en su vestuario dos sotanas, que hoy se conservan como reliquias: una sotana morada, desteñida ya por el mucho lavado, y otra sotana negra llena de remiendos. A cuento de lo cual, es muy digno de estamparse aquí lo que dice el Padre Coloma en la poco conocida semblanza de este Santo:

«Esto admira y enternece (dice el ingenioso escritor), pero no extraña. Sotanas remendadas por amor á los pobres de Cristo, se encuentran á millares. Lo que no se ha encontrado nunca es un frac remendado por alguno de esos filántropos que en Cátedras y Congresos pregonan y exageran los derechos del pueblo»....

Tal fué el Obispo de Almería, Prelado de nuestro Prelado el hoy Emmo. Sr. Cardenal Sancha, padre también de los pobres como sus muchas y constantes obras de caridad y sus largas limosnas certifican; enérgico é invencible defensor de los derechos de la Iglesia, no sólo en vida del Sr. Orberá, sino después de muchos años de muerto el Obispo de Almería, como lo cantan las santas *claridades* que dijo, mejor y con más autoridad que ningún otro, en la última Asamblea de Sevilla contra los periódicos de Madrid, y aquellas

cartas y aquellos telegramas batalladores, ardientes y candentes con que mantena el fuego sagrado, animaba, entusiasmaba, enardecía y guiaba, como Primado de España, á todos los católicos españoles (hace poco más de un año), en la gran batalla que dieron contra la maldita Ley de Asociaciones.

J. MARÍN DEL CAMPO.

Felicitación.

Atento felicito
al Cardenal Primado
por ser las *bodas de oro*
de su presbiterado.

Que Dios le otorgue, anhelo,
larga vida al Pastor
para bien y provecho
de la grey del Señor;

Para bien de la diócesis
que tiene á su cuidado,
para bien del que sufre
y del necesitado.

Y cuando llegue el término
de su vida postrero,
logre por sus virtudes
bien imperecedero.

JACINTO GARCÍA-CALVO.

Mirada retrospectiva.

Bella será una esperanza;
Pero es muy dulce un recuerdo.
CAMPOAMOR.

El viajero que intenta la ascensión á los Alpes, al ver ante sí aquella serie de montañas, escalonadas unas tras otras, experimenta cierta natural desconfianza de llegar á la cima del Mont Blanc, colosal gigante, que tiene á las nieblas por flotante cabellera y á las nieves perpetuas por corona de su frente. Mas cuando ha logrado ganar aquellas heladas cimas, vuélvese á contemplar con amor el camino recorrido, y de picacho en picacho, va descendiendo su vista hasta llegar á la llanura cruzada por arroyuelos que murmuran canciones, sembrada de árboles á quienes el viento cuenta rumores misteriosos, tapizada de flores de embriagadores aromas, y poblada de blancas casitas en donde rústicos habitantes viven felices, sin sospechar siquiera que fuera de aquellos muros hay

un mundo fementido que á la virtud reputa necesidad y al deber satisfecho responde con injurias y persecuciones.

¿Y no es la vida del hombre una ascensión á cumbres cada vez más elevadas, cada vez más frías?

También el hombre mira con desconfianza su oculto porvenir, pero una vez que, vencida la pendiente, se detiene un instante en la cumbre de la gloria para tomar nuevos alientos, su alma se inunda de satisfacción al repasar el tesoro de sus recuerdos, que son los trofeos de sus victorias, hasta llegar conducido de recuerdo en recuerdo, hasta los felices días de la infancia en que, ignorados el pesimismo y el desengaño, todo sonríe, todo deleita, todo ilusiona.

* * *

Los recuerdos, ha dicho Fernán Caballero, son las ruinas del corazón; ruinas amontonadas por las pasiones de los hombres, por el odio y la ingratitud; pero también las ruinas tienen su poesía, que, cual errante sombra, se siente vagar por entre los dispersos sillares, por entre los fragmentos de columnas, por entre las hojas de la hiedra que, con apretado abrazo, cerca y sostiene los ya cuarteados muros.

Justo es, pues, que el hombre haga alto por un momento en la marcha de su vida, para gozar de esa poesía de los recuerdos.

El alma del Padre Venerable Prelado ha de sentirse vigorizada al recordar tantas lides vencidas. Los que somos sus hijos nos sentiremos alentados con los ejemplos del Sacerdote celoso, del pastor amante, del sabio maestro.

* * *

¡Qué hermoso aparece, agrandado por cincuenta años de distancia, aquel día en que el Sacerdote subió á las gradas del altar por vez primera, y con trémula voz mandó al Rey de los cielos descender á sus manos!

Todo ha cambiado desde entonces. Una revolución ha empujado á otra, una ley ha hecho inútil á otra anterior; nuevas costumbres han ocupado el lugar de otras más antiguas. El Sacerdote mismo ha cambiado: las arrugas surcan ya su frente y las canas han plateado su cabeza. Sólo el espíritu permanece joven.

Como un anticuario recoge los fragmentos de una estatua para reconstruir á fuerza de paciencia la obra del artista, así el Sacerdote, reuniendo y armonizando recuerdos perdidos en su memoria, resucita el cuadro de aquel día venturoso, esmaltado con preciosos relieves y matizado con suavísimos colores, que hacen pensar en las azuladas tintas que en las tardes otoñales coloran las montañas de indefinidos contornos que se divisan allá en la lejanía.

Aquel acto fué el primero de una serie no interrumpida. El Sacerdote había tomado la cruz sobre sus

hombros: era preciso recorrer el camino del Calvario.

* * *

El tipo del Sacerdote cuyos días se deslizan mansamente como la corriente de un río, entre los sencillos habitantes de su aldea, que le veneran como á padre y le siguen como á maestro, es un idilio bastante distante de la realidad. La vida del Sacerdote está llena de contrariedades. Es que el deber no se cumple sin trabajo y sin heroísmo.

Feliz quien encuentre en su alma energías bastantes para sacrificar en aras del deber aun lo que más en el mundo estime: la honra, la libertad. En el atardecer de su vida podrá recordar tranquilo aquellos momentos de angustia. También el viejo soldado recuerda con gusto los afanes de la guerra y las heridas recibidas en el combate.

El soldado que derrama su sangre por la patria, es un héroe: el sacerdote que por la Iglesia sacrifica su libertad, es un mártir. ¡Ah! la era de los mártires no ha pasado todavía. En Alemania es popular el nombre de Mons. Clemente Augusto. Los italianos recuerdan todavía á David Albertario. Los españoles recordamos al hoy Cardenal Sancha, que en Santiago de Cuba, con su virtud y su carácter, venció al cisma y á la violencia, personificado aquél en el Presbítero D. Pedro Llorente, representada ésta en el Jefe del Gobierno D. Manuel Ruiz Zorrilla

¡Amargas horas de prisión! Al recordaros se fortalece el ánimo y se alienta para nuevas empresas. Cuando nuestro Prelado vea allá en lontananza, perdido entre las brumas del Atlántico, el castillo del Morro, teatro de sus amarguras, sobre el dintel de su fuerza, leerá grabadas estas palabras que el Dominio del Canadá ha escrito en su bandera: «Ama á Dios y sigue tu camino. Con la justicia y la virtud has vencido: ama á Dios y, como hasta aquí, seguirás venciendo.»

* * *

Y venciendo sigue.

Avila, Madrid, Valencia, Toledo lo dicen claramente.

Las obras sociales que le deben su existencia, las Ordenes Religiosas que ha instalado, la inauguración de las obras del Seminario de Madrid, las Iglesias edificadas, las peregrinaciones que ha promovido, entre otras la célebre peregrinación obrera á Roma, la celebración del Primer Congreso católico de Madrid y del Eucarístico de Valencia, los libros publicados como *El Régimen del Terror* y el *Kulturkampf internacional*, sus muchas pastorales, algunas de ellas celebrísimas, prueban los triunfos alcanzados y hacen adivinar los trabajos padecidos.

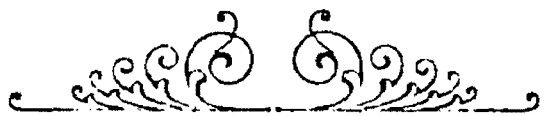
Otras muchas obras de nuestro Prelado podrían citarse; otras, quizás muchas más, permanecen ocul-

tas bajo el manto del silencio: son flores cuyo aroma él sólo percibe. Nada importa que permanezcan ocultas: las conoce Dios, están escritas en el libro de la vida.

* * *

Bien puede nuestro Prelado, al celebrar su Jubileo Sacerdotal, volver atrás la vista y medir el camino recorrido.

Quien, como él, pueda mirar cara á cara lo pasado, no tiene mucho que temer sobre lo futuro.



Al Emmo. Sr. Sancha en sus Bodas de Oro.

Como el árbol que extiende su ramaje
junto al cristal de caudalosa fuente;
cual roca enhiesta que del mar hirviente
contrasta acantilada el oleaje;
cual águila caudal, que su plumaje
dando al viento, se eleva al sol luciente;
cual lucero que irradia luz fulgente
de la lóbrega noche entre el celaje:
Como el justo tenaz en sus pensares,
como atleta que en lid batió cien palmas
burlando de este mundo los engaños;
como Angel Tutelar de nuestros lares,
sois, ¡oh Padre y Pastor de nuestras almas!
Gran Sancha, ¡vivid mil y mil años!

S. LISO Y ESTRADA.

Carranque 21-2-908.



Triunfo glorioso.

NO es raro oír, aun entre personas cristianas, proposiciones como éstas, que revelan la debilidad de sus creencias. «Ya se acabó el tiempo de los mártires, ya no se ven hombres prontos á dar su vida por la justicia, se ha cerrado por completo la era de los heroísmos cristianos»; y todo esto dicen, porque ellos, espíritus sin fe, anémicos, á quienes hace daño el aura más suave, sobresaltándose apenas la perciben, porque temen que se ha de convertir en el vendabal desencadenado que les arrastre, no conciben que existan espíritus superiores, que no se doblan jamás á la furia de estos vientos que levanta la ira de los perseguidores.

Y á esta negación, con ribetes de impía, propia para ocasionar desalientos, hay que oponer la afirmación contraria, tan verdadera como falsa aquélla, y

que puede comunicarnos los bríos que, en la presente lucha con la impiedad, necesitamos; es menester que nosotros digamos en alta voz: no se ha pasado el tiempo de los héroes, no se ha perdido la raza de los atletas esforzados de la fe divina, por lo mismo que subsiste y subsistirá esta virtud, generadora de todas las proezas que en ellos admiramos; las *Actas de los Mártires*, la primera de las cuales se escribió en el Gólgota, con la misma Divina Sangre con que se rubricó el Testamento de nuestra salvación, aumentan todos los días con otras nuevas y muy gloriosas; en nuestros tiempos, como en los días primeros de la naciente Iglesia Católica, se encuentran hombres de fe robusta, de vigoroso temple de alma, que inflamados de santo celo, pisotean los humanos respetos, incompatibles con el cumplimiento del deber, desprecian los torpes halagos del tentador, sonríen á las brutales amenazas de injustas potestades, y en medio de la deshecha tormenta que contra ellos se promueve, sostienen enhiesto el estandarte de la justicia, sin que nada, ni la misma muerte, pueda hacerlos cejar, ni lo más mínimo, en la defensa de los santos principios que sustentan.

Y no es preciso revolver historias para demostrar nuestro aserto; entre nosotros tenemos un ejemplo viviente de este heroísmo que proclamamos. Nos referimos á nuestro Emmo. Prelado.

Los que conozcan, siquiera á la ligera, su larga y hermosa vida, nada encontrarán en nuestra proposición de hiperbólica. Por ahora únicamente nos vamos á fijar en un hecho de los muchos y relevantes que constituyen su brillante historia, ocuparnos de todos sería tarea gustosa, pero prolija, con más que este solo que vamos á narrar nos basta suficientemente para nuestro objeto.

Era Arzobispo de Santiago de Cuba D. Primo Calvo, y necesitando un Secretario de su confianza, pidióle al Rector del Seminario de Salamanca. Un poco antes de esta fecha, y en este mismo Centro, se había graduado, ya Sacerdote, D. Ciriaco Sancha, con tal lucimiento, que cautivara los ánimos de cuantos presenciaron sus merítisimos ejercicios. Acordándose dicho Rector de este joven Sacerdote, se le propuso al Sr. Arzobispo, quien luego le aceptó, pasando así el Sr. Sancha á Cuba, al lugar en que Dios le llamaba, para que así como allí y al influjo de ardientes calores crecen las gigantescas plantas, que si asombran por su elevación, maravillan aún más por la sabrosidad de sus frutos, así también él, á beneficio de las influencias divinas, se irguiera y descollara entre los demás, produciendo frutos abundantísimos de abnegación y de sacrificio.

Largos años estuvo desempeñando tan difícil cargo con acierto y prudencia tales, que al fallecer el señor Arzobispo y ser elegido Vicario Capitular el Sr. Orberá, no quiso éste prescindir de los excelentes servicios de tan benemérito Sacerdote suyo y compañero de capítulo, pues á estas fechas el Sr. Sancha había obte-

nido, mediante una lucida oposición, la Penitenciaría de aquella Santa Iglesia. Siguió, pues, de Secretario del Sr. Orberá, y «aquí empieza, como observa un distinguido biógrafo suyo, el período de su vida, quizá el más notable y glorioso». Nosotros nos atrevemos á aseverarlo así con entera seguridad.

D. Amadeo, el Rey intruso, quiso, sin duda, para hacer bueno el apodo que los españoles le habían dado, *intrusar*, contra toda ley y derecho, al Presbítero don Pedro Llorente y Miguel, en la Sede Arzobispal de Santiago de Cuba. Rechazado este Sacerdote, por la misma autoridad, que en estas materias la tiene plena é independiente, presentóse, no obstante, en aquella capital exigiendo de todos obediencia y sumisión, amparado en sus mismas pretensiones por la fuerza material, que entonces, como en muchas otras ocasiones, en lugar de proteger los fueros de la justicia, ella misma contribuyó á que se conculcaran y atropellaran vilmente.

Por estos medios violentos logró que algunos Sacerdotes y fieles de los más débiles se le sometieran; pero el Vicario Capitular, varón apostólico, se le opuso resueltamente, siendo por esta causa recluido á prisión y entregado á toda suerte de vejaciones. Pero no fué sólo el Sr. Orberá, que otros muchos siguieron tan laudable ejemplo, y entre éstos principalmente se hallaba su Secretario el Sr. Sancha, que como otro San Lorenzo á su Obispo, así exclamó dirigiéndose á él que entonces cumplía las funciones legítimas: *Quo sacerdos sancte, sine diacono properas?* «¿Cómo, oh santo Sacerdote, tú vas al martirio á padecer por la Iglesia y no me llevas á mí, á quien has elegido como á tu ministro? *Experire certe utrum idoneam ministrum elegeris.* Si yo no te abandono, si yo sé padecer contigo, entonces únicamente podrás estar seguro de la acertada elección que de mí hiciste.

Y entonces para el Sr. Sancha comenzó la prueba, y prueba terrible, prueba, en la que no se acabaron las dudas que acerca de su mérito y entereza nunca pudieron hacerse; pero en la que se confirmaron las consoladoras esperanzas que de él se tenían; prueba que fué, tomando las palabras del escritor citado, el sello que marcó para siempre, y de manera imborrable, la fama, que acrecentándose de día en día, sirve hoy de gloriosa corona que circunda, ennobleciéndola, su venerable cabeza.

Sus deseos de sufrir por la justicia, viéronse con exceso cumplidos. Participó de las mismas penalidades que el Sr. Orberá, y como éste, tuvo que sufrir una cruel é inhumana prisión, encerrado en un cuarto insalubre sin poder respirar al aire libre. ¡Ah, pero su alma respiraba los aires saludables de la fe, y ésta dilataba su corazón de Sacerdote á medida que se estrechaba el círculo atormentador con que se pretendía hacerle apostatar de sus doctrinas santas. Nada le hizo cambiar, ningún tormento, por duro que fuera, pudo hacerle retroceder un sólo paso, todo lo contra-

rio, pues que á compás que crecía la rabia de sus enemigos, enardecióse más también su celo y entereza, y después de veinticuatro días de estar encarcelado, y en una exposición enérgica, razonada, que dirige al Gobernador superior civil de aquella isla, le dice resueltamente, como los primeros cristianos á sus inicuos jueces: «Mi conciencia y mis convicciones no me han permitido reconocer por jefe de mi comunión cristiana al Exemo. Sr. D. Pedro Llorente».

Y conste, y esto lo decimos nosotros, por datos particulares que hemos recibido, que el Arzobispo intruso había sido algún tiempo compañero de estudios del Sr. Sancha, y siempre bastante amigo suyo; pero nuestro Prelado entonces, como ahora, podía repetir el dicho del antiguo filósofo: *«Amicus Plato; sed magis amica veritas»*, que esto y no otra cosa es lo que quieren significar las últimas palabras suyas que hemos transcrito. La verdad y la justicia, estas eran las que él amaba sobre las demás cosas, y las que á todas ellas prefería aun á costa de su propia vida.

Así lo comprendió el Sr. Llorente, y despechado y valiéndose de perversos medios, logró que el Sr. Sancha fuera trasladado de el Seminario á la cárcel pública, en la que vivió desde entonces mezclado con los criminales de peor especie, y confundida la sotana del Sacerdote, que él tanto honraba, con la ropa vergonzosa del presidiario.

«No hay necesidad, dice el escritor varias veces citado, de ponderar la amargura que llevaría al atribulado corazón de aquel dignísimo Sacerdote esta inicua determinación», ni posibilidad tampoco, añadimos nosotros; no hay medio de expresar á lo vivo lo acerbo del dolor que su alma experimentaría, no ya por los mayores sufrimientos que de esto habrían de ocasionarle, sino porque entonces pudo comprender la malignidad, la negra conducta de aquel que había sido su amigo y que, cegado por la ambición, contra él se había vuelto arrojando sus dardos envenenados.

Sublime fué el sacrificio que entonces tuvo que hacer su corazón al recibir esta nueva espina, que fué una más de las muchas que formaban su corona de mártir, y tanto como su abnegación, fué también la recompensa con que el Señor le premió, proporcionándole uno de los más puros goces que su alma de Apóstol podía apetecer.

No se ocupaba él de las amarguras que tenía que devorar; su única preocupación desde que entró en aquella cárcel, fué la conversión de aquellos infelices que allí expiaban, algunos de ellos, horribles crímenes, y lleno de santo ardor, exclamaba dirigiendo su oración fervorosa al Señor: *«Da mihi animas, cætera tolle»*. Señor, he perdido mi reposo, mi bienestar, por tu gloria, nada de esto me importa; si aún me queda algo á que se halla apegado mi corazón, quitámelo. *«Da mihi animas, cætera tolle»*, pero dame las almas de estos pobrecitos, concédeme que yo los vuelva á Ti, y estos ruegos fueron atendidos y entonces se repro-

dujeron las sublimes escenas de las primeras persecuciones de la Iglesia.

Aquel celoso Sacerdote, como los antiguos mártires, predicó la buena nueva á sus compañeros de cárcel, y su palabra suave, dulce, penetrante, fué ablandando aquellos corazones contumaces y encallecidos en el mal, fué depositando en ellos las semillas del bien, que la gracia de lo alto fecundó rápidamente, y á su influjo, fueron rotas las cadenas de los vicios que les aherrojaban, mucho más fuertes que las que oprimían sus pies y manos, y aquellos que tantas veces escucharon sin conmoverse los llantos que sus maldades producían, no pudieron contener las lágrimas que el dolor de sus culpas les causaba, y con estas consoladoras señales, confesaron muchos sus extravíos reconciliándose con Dios los que hasta entonces fueron puros instrumentos de la satánica malicia.

Un rayo de luz poderosa y celestial descendió de lo alto, y disipando las oscuridades y tinieblas de aquella lobreguez, bañóla toda ella en claridad resplandeciente y los cantos de los ángeles, gozosos por la conversión de tantos pecadores, dejáronse oír, en lugar de las canciones inmundas y bárbaras imprecaciones que antes se escuchaban, y el buen olor de la virtud que allí ya reinaba, purificó aquel ambiente corrompido hasta entonces por los mefíticos vapores de los vicios más repugnantes.

Pero esto había de excitar más el furor de sus enemigos, y para dar éstos una muestra de lo que alcanzaba su saña y su crueldad, trasladáronle á la fortaleza del Morro, sumiéndole en tenebroso y horrible calabozo. La prueba, como observarán nuestros lectores, iba subiendo de grados. Inhumanos con él hasta el extremo, le han privado ya de toda compañía, y para herirle en lo más sensible, habían dejado ocioso su celo. Allí en la soledad de su horrenda prisión, despojado de todo humano consuelo, ásperamente tratado, sin vislumbre siquiera de libertad, todo lo contrario, atormentado constantemente con las terribles noticias que á sus oídos llegaban de las infames maquinaciones que acerca de su vida se fraguaban, pasó diez meses sin que tales horribles aflicciones lograran quebrantar un punto la indomable entereza de su alma. No murió, es verdad; pero su martirio superó á la misma muerte, por cuanto muriendo todos los días, no vivía sino con el temor angustioso de volver á morir al día siguiente. La prueba había sido tan fuerte como tenaz; pero más fuerte y tenaz que ella había sido el corazón de aquel héroe de la fe cristiana, porque inexpugnable como la fortaleza en que estuvo retenido, rechazó continuamente las olas bravías de la persecución que contra él habíase suscitado. Había triunfado de la lucha, peleó como esforzado paladín, y desde entonces los timbres más honrosos que le adornan, son las gloriosas cicatrices de las sangrientas heridas que en aquellas refriegas recibiera. Había triunfado, y por eso, cuando al rehacerse el imperio

de la justicia salió de su prisión, al volver á contemplar la luz del día, sus ojos se llenarían de lágrimas, y como Noé al salir del arca, elevaría su voz al cielo para darle gracias por haberle sacado incólume de las fieras asechanzas que contra la integridad de su fe se habían preparado. Va pasado de esto bastante tiempo, y ni los honores recibidos, ni el correr de los años han podido enfriar los ardores de su alma apostólica. No hace mucho, cuando la España católica se agitaba en tono guerrero, porque había escuchado el clarín de combate, que hiciera sonar nuestro Emmo. Prelado; cuando los vientos de la persecución parecían de nuevo amenazarnos, oíamos de sus labios, con singular fruición de nuestro espíritu: «De muy buen grado trocaría los escasos esplendores de este palacio por las oscuridades de una cárcel; de muy buena gana volvería á padecer por la causa santa de Jesucristo y de su Iglesia». Palabras que, impresionándome vivamente, no se han borrado aún de mi memoria y que yo procuraré de continuo recordarlas, y así quisiera yo que todos lo hiciéramos, porque nos servirán de aliento y estímulo en las inminentes y tremendas contiendas que nos aguardan.

Bienaventurado tú, oh varón fuerte, porque si los hombres te persiguieron y vejaron, hoy te ensalzan y veneran; aquellas amarguras pasadas, hánse convertido en las alegrías presentes, y si tu nombre fué despreciado por el nombre bendito de Jesús, hoy tu nombre resuena glorioso por doquier y bendecido será por las futuras generaciones, á las que legas un alto ejemplo de virtudes y de grandezas.

RÁPIDA...

Todos los hombres llevamos en la memoria un caudal heterogéneo de impresiones placenteras, suaves, tal vez fascinadoras y de impresiones desagradables, punzantes como el dolor, amargas como el remordimiento.

Voy á contaros una impresión que guardo cual preciada joya entre las que más vivamente se han fijado en mi cerebro. Y perdonad si mi torpe pluma no acierta á matizar un cuadro admirable cuyo marco es un barrio toledano en donde se elevan grandiosas esas dos maravillas del arte semítico: Santa María la Blanca y el Tránsito.

**

Nevaba. Un aire helado azotaba las caras de los escasos transeuntes que se habían atrevido á dejar sus casas. Las plomizas nubes lanzaban sin interrupción gruesos copos que, ora pausadamente, ora en vertiginosos remolinos, iban aumentando el espesor de la alba alfombra que cubría el suelo.

En la Puerta del Cambrón ví un grupo de infelices des-
harrapados, con las carnes rehilantes de frío y la angustia del
hambre retratada en sus fisonomías. Al cruzar por frente de ellos
me preguntaron: ¿Viene ya, señor? Yo, sin saber á quién se
referían, les dije: «No lo sé», y continué mi camino.

La curiosidad me hizo volver pasos atrás. Quería saber
quién venía, á quién esperaba aquella turbamulta de deshere-
dados de la fortuna.

Pronto lo supe. Por el centro de la calle avanzaba un cor-
tejo formado por un venerable anciano y varios Sacerdotes. El
anciano caminaba sereno, sonriente; con augusta bondad iba
repartiendo víveres, ropa, frases de consuelo, cuanto aquella
pobre gente necesitaba; con paternal solicitud amparaba á los
menesterosos, dándoles abrigo y alimento.

Un gitano, con lágrimas en los ojos—lo recuerdo bien—se
arrodilló ante el anciano, y no sé si sería ilusión, pero creo que
en aquel instante un nimbo de luz rodeaba á éste, presentán-
dole ante mí vista con grandeza mayestática.

A. PIGA

El Cardenal Sancha

como escritor.

HACE mucho tiempo que el escritor católico es
mártir. Y no es el tormento de la crítica el que
más agudos dolores produce en su alma; sabe que
escribiendo cumple un deber, y el *qué dirán* le tiene
sin cuidado.

Lo que le apena y le entristece es ver que la
semilla no dé fruto, que las piedras y las espinas del
camino de la vida impidan el paso del progreso, que
las tinieblas de la impiedad y la niebla de las pasiones
no dejen paso á la luz de la Fe, que al obrar sobre el
cuerpo social, produce el delicado y exquisito aroma de
la Esperanza, que conforta y anima, el calor suave y
vivificante de la Caridad, que es movimiento y vida.

Y como ni el que siembra ni el que riega es nada
sin Dios, que da el incremento, el escritor católico,
trabajador de la viña del Padre Celestial, con la ace-
rada pluma, poda lo inútil y perjudicial para que no se
pierda nada de la preciosa savia, productora del do-
rado fruto; procura unir estrechamente las ramas con
la vid y se pasa la vida injertando en la tierra *la vida*
que es del cielo. Lo demás le tiene sin cuidado; no hay
en el mundo labor más penosa que el tratar de con-
quistar la fama y.... ni lo intenta siquiera.

Posible es que no haya acertado á describir la

causa de tantos y tan admirables escritos como han
salido de la castiza pluma del respetable Sr. Cardenal;
pero si la modestia es al mérito como la sombra al
dibujo, que le dá fuerza y expresión, desde aquellos
artículos que publicó en *El Correo Setabense* acerca de
las huelgas y de las relaciones entre obreros y patro-
nos, hasta la Pastoral sobre la necesidad de la ense-
ñanza del Catecismo, ha demostrado conocer como
nadie las cuestiones sociales; su mirada de águila ha
visto en seguida dónde estaba el mal, y ha dado
el remedio en esos preciosos documentos, de tal modo,
que cuando León XIII y Pío X enseñaron á la Iglesia
Universal el camino del bien, hacía mucho tiempo que
el Sr. Sancha hacía correr por él á sus ovejas.

¿Con cuánto menos que esto han pasado muchos
nombres ilustres á la historia!

No se conservan en la magnífica Biblioteca del
Palacio Arzobispal las obras del venerable anciano, y
debo al cariño (1) algunos datos, que si el pequeño
espacio de un artículo no les dá cabida, espero, Dios
mediante, publicar en un libro. Hoy no puedo hacer
más que un índice incompletísimo, y á pesar de eso,
¿cuánto trabajo y cuánto saber supone!

Libros como *El Kulturkampf Internacional*, *El régi-
men del terror*, *El Cisma de Cuba*; discursos como el
de apertura del Seminario Conciliar de la Habana, el
que pronunció en la Unión Mercantil de Madrid y el
de Los Seminaristas y el servicio militar, que tantos
aplausos le valió en el Congreso Católico de Zaragoza;
las Observaciones Pedagógicas que tanto se han ala-
bado y las Cartas Pastorales á sus diocesanos de Avila,
Madrid-Alcalá, Valencia y Toledo *Acerca de las malas
lecturas*, *Un Seminario Diocesano*, *La devoción á la
santa cruz*, *La religión base de la enseñanza*, *Congreso
eucarístico*, *Peregrinación obrera á Roma*, *Dinero de
San Pedro*, *Propagación de la fe*, *Reforma moral de la
sociedad*, *Los libros pensadores*, *Obediencia á los Pre-
lados*, *Confesión Sacramental*, *La vida cristiana*, *Morti-
ficaciones corporales*, *Angustiosa situación de León XIII*
y tantas otras, no se pueden escribir sin un profundo
conocimiento de doctrina, personas y cosas, dotes
inapreciables que posee como nadie.

X.

(1) D. Marcelino Román, D. Francisco Yébenes y D. Jorge
Abad, con su habitual bondad, me los han proporcionado.

TOLEDO

IMPRESA Y LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE J. PELÁEZ

Comercio, 55, y Lucio, 8

